

pacíficamente su triunfo, para cuando suene la hora deseada. No pretendamos violentar el brazo de Dios ni acelerar el momento que ignoramos. Mientras éste llega, contentémonos con ofrecer en el establo el incienso de una oración ferviente y constante; el oro de una caridad ardiente que el hielo del mundo no pueda resfriar; la mirra de una penitencia que satisfaga por los pecados propios y por los de nuestros semejantes.

Que nada nos arredre en nuestro pacífico apostolado; que nada nos amedrente cuando llegue la hora de acometer empresas arriesgadas; que ningún obstáculo nos impida el cambiar la faz de la tierra, y muy especialmente la de aquellas regiones en que se habla el idioma español.

Una sociedad, que en silencio y sin pretensiones, conserva la fé de Jesucristo y la esparce al propio tiempo entre aquellos que aún no han tenido la dicha de recibirla, es la piadosa asociación á que somos deudores de estas solemnidades, la piadosa *Asociación de las Misiones*. Testigo yo mismo de sus trabajos así en esta Eterna Ciudad, como en las Islas Británicas, y en los Estados Unidos de América, no puedo menos que recomendarla, españoles, á vuestra generosidad, invitándoos á depositar vuestro óbolo en sus pequeñas arcas, y al pié de la cuna de Nuestro Salvador. El niño recién nacido os pagará con dones espirituales vuestras generosas ofrendas, y os bendecirá, no lo dudéis, como yo en su nombre os bendigo.

SERMÓN

PREDICADO EN LA CAPILLA DEL COLEGIO DE NIÑAS DE MONTERREY
EL 6 DE FEBRERO DE 1881, OCTAVO ANIVERSARIO DE LA
FUNDACIÓN DE LA SANTA INFANCIA.



Accepit eum in ulnas suas et benedixit Deum.

Tomó Simeón al niño Jesús en sus brazos, y bendijo á Dios.

LUC. II. 20.

QUÉ cuadro tan bello nos ofrece la Virgen Santísima presentando á su Hijo divino en el templo de Jerusalén! ¡Qué figura tan venerable la del viejo Simeón, que se estremece de júbilo al recibir en sus brazos al Niño Dios que tanto ha deseado ver antes de bajar á la tumba! ¡Cuán encantador aparece el celestial infante, sonriendo cariñoso al anciano y tendiéndole las manecitas al pasar del regazo de su inmaculada Madre al del intachable sacerdote!

Si San Pablo llama á todos los cristianos cuerpo de Jesucristo y miembros de sus miembros, *vos estis corpus*

Christi, et membra de membro, ¿no podré yo llamaros á vosotros, ¡oh infantiles oyentes! el cuerpo de Jesús Infante, y no sólo la imagen sino los miembros mismos del Niño recién nacido de la más pura de las vírgenes? ¿No podré considerar, en cierto modo, la oblación que hoy se hace de vosotros en este santo templo, una repetición de la que tuvo lugar en el augusto recinto de la Ciudad Santa? ¿No podré yo también regocijarme, como el viejo Simeón, al veros tan recogidos y devotos al pié del tabernáculo?

¡Ah, sí! yo también bendigo al Señor como el piadoso anciano, al poner mi consagrada mano sobre vuestras tiernas cabezas, y le doy fervientes gracias porque me ha concedido ver su santa infancia continuada en vuestras buenas obras ¡oh niños! y su presentación en el templo retratada en la oblación que vuestras madres hacen de vosotros, al inscribiros en la asociación de que formáis parte, y que tantos beneficios dispensa.

Hace apenas dos meses que el Padre Santo elevaba su voz majestuosa y llena de autoridad, para recomendarnos á los Obispos todos del Orbe Católico el proteger y estimular la grande asociación, que, bajo el mismo nombre que la vuestra, se formó hace tiempo en León de Francia, con el objeto de arrancar á la muerte temporal y eterna, á tantos niños que los paganos miserablemente abandonan en muchas regiones en que aún no asienta sus reales el cristianismo, y particularmente en la China. Aunque la vuestra no tiende tan lejos sus piadosas redes, no es menor su necesidad y su mérito, ni han sido menos saludables sus frutos. Se os ha reunido, Hijos míos, para que, ofreciendo cada cual una pequeña porción de lo que vuestros padres os dan para vuestros

placeres menores, contribuyáis á la educación cristiana de otros muchos niños, menos afortunados que vosotros, según el mundo; más favorecidos quizá por el que quiso nacer en un establo, y más aflige á los que más ama. A ellos no les han sonreído en su cuna los labios queridos que á vosotros os cubrieron de maternales ósculos; ellos no han visto cual vosotros satisfechos sus deseos, cumplidos sus antojos, prevenidos sus caprichos; no han tenido en las primeras horas de su vida lana que los abrigue del frío, ni baño delicioso que temple los rigores del verano. Aun aquellas mismas que, ó suplieron ó podrían suplir las veces de sus madres naturales, les fueron arrebatadas por incuo huracán, que las hizo volar allende los mares; y esos séres infelices, como vosotros hermanos del niño Jesús, como vosotros miembros de su sagrado cuerpecito, necesitan hoy más que nunca una mano que los socorra, y que guíe sus primeros vacilantes pasos por entre los abrojos del mundo.

¿Qué mano más á propósito que la de sus semejantes, para ofrecerles los socorros de que han menester? ¿Qué corazón más puro que el de los niños, para atraer con sus inocentes plegarias los auxilios sobrenaturales, sin los cuales será vana toda empresa que acometa el hombre?

Grande y sublime fué, por tanto, la idea de reunir á los niños de esta católica ciudad, y bajo la protección y nombre de Jesús-Infante, hacerlos formar una cofradía para sostener el Asilo fundado aquí hace ocho años y entregado á las Hermanas de la Caridad. Al mismo tiempo que los tiernos bienhechores llevan á cabo una obra buena y meritoria, se santifican á sí propios y santifican á sus madres, se hacen agradables á Dios, y se

preparan á las batallas de la vida y á los triunfos de la eterna gloria. Sobre este punto pienso hablaros en este aniversario de la fundación de la *Santa Infancia*, con la brevedad que exige mi infantil auditorio, pero sin que nada falte para la instrucción de las madres de familia que igualmente me escuchan.

Quiera el Señor hacer inteligibles mis palabras á niños y ancianos, y darles la fuerza necesaria para que penetren y se arraiguen en todos los pechos, y la virtud indispensable para que produzcan abundantísimos frutos. Vírgenes castas é inocentes niños, piadosas matronas y venerables viudas que miro én derredor, pedídselo al Niño-Dios por intercesión de aquella que lo presentó en el Templo.

AVE MARÍA.

Grande es la predilección del Señor por la bella edad de la infancia. Volved si nó los ojos hácia el establo de Belén. Allí recibe el divino Niño los homenajes de tres monarcas de Oriente, que convida por medio de una estrella que á este fin tan sólo se digna crear su omnipotente mano. El mismo que, ya avanzado en años, huyó de las turbas que querían proclamarlo rey en vista de los milagros que obraba, no rehusa cuando niño el oro que como á soberano y el incienso que como á Dios le presentan los devotos Magos. El mismo que, al empezar su vida pública, se dejó, es verdad, servir por los ángeles, pero en la soledad del desierto; el mismo que, si se transfiguró en el Tabor, fué únicamente en presencia de tres de sus discípulos, se complace, recién nacido, en aparecer rodeado de espíritus angélicos delante de los

pastores, y permite á estos hombres desconocidos escuchar las sinfonías celestiales que enaltecen su divina infancia.

Quisiera poder referiros una á una las historias de los santos cuya niñez honró el Señor con señalados favores y estupendos prodigios. Sólo podré hacer alusión á uno que otro pasaje de los que ahora se agolpan á mi memoria; pero bastará á probaros que, si en sí propio glorificó el Señor la edad infantil, no escaseó sus dones á los niños que destinaba á brillar en el cielo como estrellas de inextinguible fulgor. No os hablaré de Jeremías, de Samuel ó del gran Precursor, santificados aun antes de ver la luz del día. Nada os diré de Santa Gúdula, de San Andrés Corsino, de San Proyecto ó de San Wolfango, de San Dunstano ó de San Alberto, de San Vicente Ferrer ó de San Francisco de Paula, cuyo nacimiento anunciaron prodigiosas visiones; nada de la madre de San Ludgero de Munster, salvada de inminente peligro en favor del hijo que iba á nacer; ni de la de San German de París, dando á despecho suyo la vida al futuro santo Prelado.

Pero sí os haré contemplar á Francisco de Borja, cuyas primeras palabras, en brazos aún de la nodriza, son *Jesús y María*; á Elzeario, que á la edad de tres años lloraba de compasión al ver á los pobres de Cristo; á Cesareo de Arles, que á los siete se despojaba de su vestidura para darla á un mendigo; á Justino, que á los nueve se presentaba al Tirano, lo desafiaba con valor propio de un consumado guerrero, y se dejaba heroicamente degollar por la Fé.

¡Tiernas niñas que me escucháis! ¿Veis á esa donce-